

La calle
Diario de un espectador
Diálogo de chelos
por miguel ángel granados chapa

para el jueves 14 de junio de 2007

Los momentos culminantes, en una función marcada por la sostenida alta calidad de los intérpretes, ocurrieron cuando la *Suite para dos violonchelos* de convirtió, como manda su autor Samuel Zyman, en una conversación amorosa entre los instrumentos que, en rara mezcla, al mismo tiempo dominan y aman Carlos Prieto y Yo-yo Ma.

El artista francés, de padres chinos, avecindado en Boston, estuvo en México para ofrecer dos conciertos, el lunes y el martes, anteayer. Al primero acudió el Presidente de la república, cuya presencia genera inconvenientes al público en general. El Palacio de Bellas Artes fue cercado por el Estado mayor presidencial y por granaderos de la policía capitalina, cuya tropa de tanto en tanto presionaba para alejar a grupos de manifestantes que expresaban su convicción de que “es un honor estar con Obrador” y calificaban de espurio a Felipe Calderón, quien a causa del estropicio al tránsito causado por esa doble circunstancia (y agravándolo) entró en sentido contrario al estacionamiento del recinto al que llegaba por primera vez en su calidad de Ejecutivo federal. Cuando se anunció su presencia en el palco presidencial, la mayor parte de la gente (que había pagado boletos de mil quinientos pesos o los había recibido por cortesía) lo recibió con aplausos, aunque no faltaron abucheos, menos sonoros y contundentes de los que se gritaban en la calle, aun al término del concierto, pasadas las diez de la noche.

Desde mucho antes de las ocho se había dificultado en extremo llegar al palacio de mármol. Quien pudo abandonó lejos su vehículo y caminó hasta las inmediaciones de la sala. Estaba restringido el acceso al pórtico, y al gran atrio del palacio, que llega hasta la avenida Juárez sólo se podía ingresar en fila india en un punto cercano al monumento a Beethoven. Sorprendió a más de uno que, en medio de esas rigurosas y molestas medidas de seguridad, dentro del perímetro acotado intentaran practicar su arte revendedores que allí buscaban boletos de sobra, para mercadearlos afuera. Es que había habido una manipulación con las entradas: en la semana anterior se declaró, en las taquillas y en la boletería electrónica, que no había vacantes, que el cupo estaba cubierto. Pero la terquedad puede ser gratificante: por no dejar, el domingo insistimos en buscar boletos en el propio Palacio y los hallamos, en una ubicación espléndida del primer piso.

Fueron, pues, desgastantes la búsqueda de entradas, la llegada y el acceso. Pero nunca como entonces se justificó la trivial expresión que sin causa repetimos a menudo: valió la pena. Hubo pena, ciertamente, pero la compensación fue alta, desproporcionada, por el placer recibido durante poco más de dos horas.

Durante la mayor parte de ellas Yo-yo Ma actuó acompañado por la pianista británica Kathryn Stott, virtuosa ella misma pero compenetrada del papel secundario que le correspondía, tanto en la interpretación como en el agradecimiento a las ovaciones, al que justa y gentilmente la convocaba el chelista que era el astro del espectáculo. Las piezas programadas, y los *encores* reclamados y ofrecidos con gusto, en que se unieron el chelo y el piano fueron valiosos por sí mismos. Pero, como queda dicho, cedieron ante la magia lograda por el dueto –nunca duelo, porque era la armonía y no el contrapunto lo que los juntaba—de chelistas que se manifestaban con sonrisas y discretos guiños su complacencia por actuar unidos.

Estaba presente el compositor Samuel Zyman, al que los maestros llamaron para recibir juntos la clamorosa y fervorosa aprobación del público, una parte del cual --hay que reprochárselo aunque o por que en ella esté incluido Calderón--, había estorbado la audición con el zumbido del programa hecho abanico.